

## PRÓLOGO

RACHEL

La primera carta que escribí estaba dirigida a un chico de mi clase de primer grado. Se llamaba Nate Cloud, e, incluso a los seis años, estaba tan enamorada de él —y de su mono azul claro— que los sentimientos me resultaban abrumadores. Quedó escrito en palabras con un lápiz de color verde brillante un simple «¿Te gusto? Rodea con un círculo “Sí” o “No”».

El muy imbécil marcó «No».

La segunda carta la dirigí a una chica con la que coincidía en la biblioteca. Se llamaba Ashley Donovan, y quería desesperadamente ser su mejor amiga. Escribí tres renglones completos explicándole todo lo que teníamos en común... Todo lo que nos convertiría en las amigas perfectas —cangrejeras transparentes de color rosa, una casa de ensueño para Barbie, y la flamante colección de Beanie Babies—. Lo escribí en un cuaderno del que arranqué la hoja. La pregunta final decía: «¿Podrías, por favor, ser mi mejor amiga? Rodea con un círculo “Sí” o “Sí”».

No lo hizo.

Creó su propia opción: «No».

Tuve el corazón roto durante primer y segundo grado, y sin amigas, así que no volví a escribir cartas.

Hasta que conocí al chico que vivía en mi nueva calle, el chico que se convirtió en mi mejor amigo.

Durante tres segundos.

Era la peor persona que había conocido en mi vida, y en el mismo momento en que dijo tonterías tales como «Mantén

a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca todavía» mientras me tiraba de la bicicleta al suelo, me convencí de que la palabra «amigo» nunca formaría parte de nuestro vocabulario en común. Pensaba que nunca iba a encontrar a alguien a quien le gustaran las letras tanto como a mí.

Hasta que él se convirtió en la primera persona en mi vida que me escribió.

Y no solo una vez...

Ni dos.

Sino siempre.

Aunque nos odiábamos hasta la médula y no podíamos llevarnos bien más de veinte minutos seguidos, siempre nos escribíamos...

## CUANDO TENÍAMOS SIETE AÑOS Y MEDIO

ETHAN

Siempre había pensado que mi nuevo vecino sería un niño...

Al menos eso fue lo que me dijeron mis padres cuando se vendió finalmente la casa del final de la calle: «¡Oh, parecen una familia muy agradable! Incluso tienen un hijo de tu edad. ¿No crees que es una buena noticia?».

Habría sido una buena noticia, sí, porque todas las familias de nuestra calle tenían niñas estúpidas. No les caía bien a ninguna de esas niñas, y a mí tampoco me caía bien ninguna de ellas. Así que cuando mi padre entró en mi habitación y me dijo que me vistiera para conocer a los nuevos vecinos, me sorprendió que cogiera todos mis soldaditos y los colocara en su sitio en mi mesilla de noche.

—No creo que a Rachel le gusten —dijo.

—¿Rachel? —pregunté—. ¿Quién es Rachel?

—La hija de los nuevos vecinos. —Sonrió tan feliz, como si esas seis palabras no dieran al traste con todas mis esperanzas de tener por fin un amigo en el vecindario. Como si no fuera lo suficientemente malo que viviéramos en las afueras y tardáramos media hora en llegar a cualquier sitio decente, como el cine o la pista de patinaje, la última casa de nuestra calle albergaba lo peor del planeta. Una niña. Una niña más.

Metí los auriculares y el reproductor de CD en la mochila con un gruñido, preparándome para desconectar de todo en cuanto mis padres hablaran de sus cosas aburridas, bajé las escaleras y cogí de la encimera de la cocina la tarta de «Vamos

a conocer a los nuevos vecinos» que había dejado ahí mi madre. Seguí a mis padres por la puerta principal y por la acera, desde donde estudié a las gemelas Cramer, que jugaban en el jardín.

—¡Hola, señor y señora Wyatt! —saludaron—. ¡Hola, Ethan!

—No me saludéis, idiotas —dije.

—Ethan...—Mi madre me miró con los ojos entrecerrados—. Sé agradable.

—Hola, Clara. Hola, Joan. —Me obligué a sonreír. En cuanto mi madre se dio la vuelta, me enseñaron el dedo corazón, y yo, felizmente, les devolví el gesto.

Aggg...

Cuando llegamos a casa de los nuevos vecinos, una mujer pelirroja y su marido salieron sonrientes.

—¡Guau! ¡No esperaba que dijeras en serio que nos ibas a hacer una tarta! —La mujer parecía sorprendida—. Hace mucho tiempo que no tomamos nada casero.

«La ha comprado. No es casera».

Cuando nos guiaron adentro, esperé que la habitual charla con los nuevos vecinos no durara tanto como de costumbre. Siempre hablaban exactamente de lo mismo con cada familia que llegaba nueva. «¿Son los colegios de la zona tan buenos como dicen? ¿Qué hacen los niños para divertirse por aquí? ¿No sería genial que nuestros hijos se hicieran amigos?».

—¡Bueno, qué chico tan guapo! —La mujer se agachó hasta que sus ojos quedaron al nivel de los míos—. Te saludé el otro día cuando estabas jugando en el jardín, pero creo que no me viste. Soy la señora Dawson. ¿Cómo te llamas?

—Ethan Wyatt —respondí.

—Bueno, Ethan Wyatt, mi hija se llama Rachel Dawson, y calculo que debe de tener tu edad. A ver si lo calculo bien... Tienes siete años, ¿verdad?

—Siete años y medio.

—Ella dice lo mismo. —Se rio y señaló la escalera—. ¿Por qué no vas a conocerla mientras les ofrezco a tus padres una copa de vino? Es la primera habitación a la izquierda.

—No, mejor no. —Me encogí de hombros—. No quiero conocer a otra chica. Ya conozco suficientes.

—Ethan Wyatt... —me advirtió mi madre en voz baja—. Ve a conocer a Rachel, ya.

Puse los ojos en blanco y me tomé mi tiempo para subir las escaleras, aunque me entretuve más cuando vi los pósteres que había en el pasillo. Todos eran de superhéroes y artistas. Superhéroes y artistas que me gustaban.

«Quizá tenga un hermano al final».

Di unos golpecitos sobre el Spiderman que cubría la puerta del dormitorio, y abrió una niña con un flequillo desigual y unas pecas horribles.

—Mi madre me dijo que eras un niño guapo. —Se cruzó de brazos—. Pero ha mentado.

—Mira quién va a hablar... —Me burlé—. Eres como una muñeca de trapo despeluchada; parece como si te hubieras cortado el pelo tú misma. Con una navaja de afeitar oxidada.

—Me lo *he* cortado yo misma. —Entrecerró los ojos mientras me miraba de mala manera—. Y *he* usado una navaja de afeitar.

La observé, y ella me estudió a mí.

Estuve tentado de tirar algunas de sus cosas o empujarla al suelo para demostrarle quién era el que mandaba allí, pero el enorme póster de *Jurassic Park* que tenía en la pared me llamó la atención. Debajo de él, en la cómoda, tenía una colección de figuras de Star Wars y un montón de cómics.

—¿Tienes un hermano? —Me olvidé de por qué estaba enfadado con ella—. ¿Por eso tienes todas estas cosas?

—No, es todo mío. —Se dejó caer en la cama—. Todas las chicas de mi otro colegio pensaban que era rara, pero no

me importa. Los superhéroes ganarán siempre a las Barbies.  
¿Tienes hermanas?

—No. Soy hijo único.

—Yo también. —Me miró y luego dejó escapar un suspiro—. ¿Este vecindario está bien?

—Es aburrido —dije, acercándome a un segundo montón de cómics—. Sin embargo, no tendrás problemas para hacer amigas. Todas las familias de esta calle y de la siguiente tienen niñas.

—Ya me he dado cuenta —gimió—. Ayer conocí a las gemelas y me invitaron a jugar a disfrazarnos y a tomar el té este fin de semana.

—¿Ves? Antes de que te des cuenta, serás la mejor amiga de las gemelas Cramer.

—Es que odio jugar a disfrazarme. —Arrugó la nariz—. Y también odio el té. Les diré que no me encuentro bien.

Sonreí. Tal vez Rachel no era tan mala después de todo. Bueno, seguía siendo una niña, pero tal vez era una niña genial. Por el momento.

—Encantado de haberte conocido, Rachel. —Fui hacia la puerta cuando oí que mi madre me llamaba.

—Espera. —Señaló mis auriculares—. ¿Qué estás escuchando?

—Es música de la buena, créeme, estoy seguro de que no la conoces.

—Ponme a prueba. —Me lanzó una caja de CD, así que saqué mi estuche de CD de la mochila y se lo pasé. Estudié todos sus CD, y no pude evitar que los ojos se me abrieran de par en par mientras leía el nombre de cada artista. Salvo algunos grupos de pop terribles, le gustaba la misma música que a mí.

—Supongo que no tienes un gusto tan malo. —Me devolvió mi estuche, y yo le tendí su caja—. ¿Sabes?, no estás mal tú tampoco. ¿Tus padres te dejan usar internet?

—Sí y no —admití—. Mis padres siempre revisan el ordenador antes y después de que lo use, así que realmente no puedo hacer mucho.

—Bien, vale... —Sacó una tarjeta y garabateó su nombre completo y su dirección—. De todas formas, prefiero escribir cartas.

—¿Quieres que te escriba una carta desde la otra punta de la calle?

—¿Por qué no?

—Porque vivimos en la misma calle —dije, riéndome—. Yo siempre estoy fuera. Ven si tus padres te dejan. Además, por lo que se ve en ese corcho, parece que no sabes escribir bien. «Olvidar» se escribe sin H. Está claro que sería injusto por mi parte esperar que escribas una carta decente si no pones bien una palabra tan fácil.

—Aggg... —Puso los ojos en blanco—. Vale, vale...

—Pues eso. —Salí al pasillo, pero antes de poder poner el pie en el primer escalón, sentí que me ponía las manos en la espalda y que me empujaba hacia delante, y antes de darme cuenta me caí por los escalones. A toda velocidad...

«Pero ¿qué...?».

Contuve un grito cuando llegué al suelo y miré a lo alto de los escalones en busca de una explicación, pero todo lo que ella hizo fue cruzar los brazos.

—He cambiado de opinión —dijo—. No me caes bien y no quiero ser tu amiga. Además, la palabra «olvidar» se escribe exactamente como yo la he escrito, así que tal vez seas tú quien necesita que le revisen la vista o le enseñen a leer. ¡Chúpate esa, Ethan!

—Yo tampoco quiero ser tu amigo. —La miré fijamente cuando me puse de pie, sabiendo que no debía haber confiado en una estúpida chica—. Olvídate de mí, Rachel.





# PISTA 1

## THIS IS WHY WE CAN'T HAVE NICE THINGS (4:00)

ETHAN

EN LA ACTUALIDAD

Sigo odiando a Rachel Dawson...

Releí la última carta que me había enviado desde su Semestre en el Mar, sin atreverme a contestarle. Habían pasado tres meses desde que la había recibido, y todavía me hervía la sangre como si estuviera leyendo sus palabras por primera vez.

Querido Ethan:

Estoy bastante segura de que tu novia te está engañando. ¿Por qué? Porque todas las señales están ahí, y ya lo estaban hace ocho cartas. Sin embargo, a pesar de ser una persona que adora sinceramente que sufras, no puedo decir que esto me haga feliz (aunque solo porque no me gustan las traidoras. Si estuvieras sufriendo por cualquier otra cosa, me estaría riendo a carcajadas en este momento).

Tal vez no esté impresionada por todas esas distinciones de las que te encanta presumir a todas horas, como el hecho de que fueras Míster Popular en el instituto durante tres años seguidos —sigo pensando que rellenaste la urna, aunque ha llegado el momento de olvidarlo—, que conduzcas un descapotable clásico azul —¿qué coño importa eso? ¿Ha importado alguna vez?— o que supuestamente seas el

chico más popular del campus —llevo en este barco tres años, y ninguno de los estudiantes que vienen a cursar semestres sueltos saben quién eres cuando les pregunto. Ni uno—.

Gracias por ese consejo que no te había pedido sobre mi novio, pero sé lo que hace falta para que una relación funcione, así que no lo necesito.

Olvídate de mí.

Rachel

P. D.: ¿Tal vez no eres tan bueno en el sexo como pensabas? (Estoy segura de que se trata de eso. Puedo enviarte algunos libros de «¿Cómo...?» sobre ese tema si quieres. Ya me dices).

La volví a leer por última vez antes de guardarla en la guantera. Luego miré a las ventanas de casa de mi novia por segunda hora consecutiva, detrás de las cuales se tiraba a uno de mis mejores amigos.

Se suponía que iba a sorprenderla con un regalo, porque hacía justo cuatro meses que habíamos empezado a salir, y me había lanzado indirectas no demasiado sutiles durante toda la semana, pero después de ver cómo se la follaba otro tío, supe que devolvería el regalo en cuanto rompiera con ella. Ese mismo día.

«No me puedo creer que Rachel tuviera razón...».

No quería esperar allí a que terminaran, así que salí del coche y fui hasta la puerta de su casa. Usé la llave que me había dado hacía meses, cuyo llavero decía «Ethan y Lisa, siempre juntos», y entré en el salón.

—¡Ohhhh, Dios! —gemía—. ¡Oh, Dios, sí!

—¿Así? —Mi amigo, Brody, le dio un cachete en el culo—. ¿Es esto lo que te gusta?

—Sí, le encanta en esa posición —intervine, y él se quedó quieto al instante. Abrió los ojos como platos, y ella se puso lívida.

Él se retiró de ella y se alejó con rapidez. Luego me miró fijamente durante varios segundos antes de subirse los vaqueros y correr al baño.

Lisa se quedó quieta ante mí, pelirroja y desnuda como vino al mundo. Manteniendo sus ojos clavados en los míos, se acercó al sofá.

Se mordió el labio, como si buscara algo que decir.

—Hola, Ethan —dijo finalmente—. Sé que esto parece lo que parece, pero puedo explicarlo.

No dije nada, y ella recogió la ropa.

—Antes de nada, ¿puedes dejar de mirarme así? —Se puso el sujetador—. ¿Por favor?

No me moví; de hecho, contemplé cómo se peleaba para ponerse el resto de la ropa. Vaqueros azules. Camiseta descolorida. Mi sudadera del instituto.

—¿Te has convertido en un zombi o algo así? —dijo—. No has dicho una palabra desde que has entrado. Al menos hazme saber lo que estás pensando para que pueda saber por dónde empezar.

Brody salió del baño y nos miró mientras cogía su cazadora. Luego se acercó a mí.

—Seguiremos siendo amigos después de esto, ¿verdad? —Me tendió la mano para que se la estrechara, y me tuve que reprimir para no empujarlo al suelo y darle una paliza—. Entonces, ¿ya no somos amigos? —preguntó—. Es decir, no me digas que estás dispuesto a tirar años de amistad por el retrete por algo así.

—Depende —dije finalmente—. ¿Con «algo así» te refieres al hecho de que estaba sentado ahí fuera viendo cómo te tirabas a mi novia durante casi dos horas?

Palideció, y Lisa se estiró la camiseta por enésima vez.

—Sé que esto parece asqueroso —repuso, bajando la voz—. Pero los colegas antes que las mujeres, tío. Ella me llamó para que viniera. Le dije que no, pero insistió, y luego me dijo que...

—Sal de mi vista. —Lo miré con desprecio—. Ahora mismo.

Pareció que quería decir algo más, pero no fue así. Miró a Lisa por encima del hombro durante unos segundos antes de dejarnos a solas. En cuanto la puerta se cerró de golpe, Lisa se acercó.

—Lo siento, cari —dijo, poniendo cara de póquer—. Ha sido una estupidez, y si pudiera borrarlo, lo haría.

—¿Qué parte? —Golpeé rítmicamente la encimera con los dedos—. Hay más de una cosa mal en esta situación.

—¡Oh, vamos, Ethan! —dijo, aproximándose más—. Esto ha sido un gran error, y si hubiera sabido que ibas a volver hoy...

—¿... lo habrías hecho ayer?

—No. —Suspiró—. Lo siento, ¿vale? No sé de qué otra forma quieres que te lo diga. Me sentía sola y quería sexo, y como llevas un tiempo fuera, supongo que me dejé llevar.

—He estado dos días fuera. Dos putos días.

—Bueno, ya que lo que tenemos es de verdad, estoy segura de que podremos superar esto. Aún siento algo por ti, y sé que tú también sientes algo por mí. —Movía los labios muy rápido, y no pude evitar desconectar de su voz y mirarla fijamente.

Pelirroja y de ojos verdes, Lisa era sin duda una de las chicas más atractivas del campus, y lo sabía. No podía evitar coquetear con cualquier chico que se le acercara, y aunque yo lo había aceptado como uno de sus peores defectos, acostarse con mi amigo íntimo (bueno, examigo) era la gota que colmaba el vaso.

Rebobiné mentalmente recordando los últimos meses de nuestra desgastada relación, atravesando todos sus llantos y teatros, todas sus falsas promesas y mentiras.: «Oh, voy a ir

con Brody a estudiar». «No, no te preocupes, Brody puede llevarme a casa». «Oh, cari... Para eso está tu amigo Brody».

—Creo que podemos superar esto con un poco de comunicación. —Seguía hablando—. Esto no tiene por qué ser el final de lo nuestro.

—Es el final de lo nuestro. —Separé la llave de su apartamento de las mías y la dejé en la mesa. Todavía tenía algunas pertenencias mías en su habitación, pero, sinceramente, estaba dispuesto a prescindir de ellas si eso significaba que no tenía que escucharla más.

La miré por última vez, con idea de decir unas últimas palabras para cerrar el asunto, ya que «Que te den» era demasiado bueno para ella, pero no era necesario. Me di la vuelta y empecé a irme.

—¿Eso es todo?! —gritó, siguiéndome—. ¿No me vas a dar la oportunidad de explicarme?

Me puse las gafas de sol y continué mi camino.

—¡No soy la única persona que se ha equivocado en esta relación, Ethan! —Apretó el paso hasta detenerse delante de mi descapotable clásico azul—. He visto la forma en que miras a veces a otras chicas, y no digo una palabra.

Me senté tras el volante y encendí el motor.

—Oh..., y no te olvides de que no me escribiste ni una puta tarjeta en mi cumpleaños.

—¿Te estás quedando conmigo? —La miré fijamente—. ¿De verdad tratas de compararme que no te dé una tarjeta de cumpleaños con que te acuestes con otro?

—No, pero... —Suspiró—. Algunas veces me he sentido sola.

Miré el reloj del salpicadero. La conversación ya había durado demasiado, así que metí la marcha atrás, dispuesto a salir de allí para no volver.

—Sé que trabajas y todo eso, pero siempre has encontrado tiempo para quedar con tu amiga Emily...

—Emily es mi compañera de estudio, y siempre te he invitado a que vinieras con nosotros.

—Ya, bueno... —Se dio un golpecito en el labio, buscando más excusas, más formas de aferrarse a algo que ya había desaparecido—. Nunca me has besado en público para demostrarle a la gente que estábamos juntos. Y siempre has encontrado tiempo para escribir una carta cada semana a alguien, y, sin embargo, nunca me has escrito una a mí.

—Eso es mentira, Lisa. —Puse los ojos en blanco—. Y si te estás refiriendo a mi antigua vecina Rachel Dawson, de la que te he dicho una y otra vez que no la soporto, hace tres meses que no le escribo. Tú y yo solo llevamos saliendo cuatro meses.

—Ethan, lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer para recuperar tu confianza?

—Sí, puedes quitarte de mi camino y dar un paso atrás...

—Vale. —Dio un paso atrás y sonrió—. ¿Te sirve así?

Metí la marcha atrás sin responderle y salí quemando rueda. Al llegar a la carretera golpeé el volante con el puño. Sospechaba desde hacía meses que lo nuestro no funcionaba, y aquello confirmaba que no era la primera vez que me engañaba. También sabía que iba a tener que pillarme una buena cogorza esa noche y asegurarme de que ella se convirtiera en un recuerdo lejano lo antes posible.

Al detenerme en un semáforo en rojo, saqué el móvil y comprobé otra vez la dirección de mi nuevo apartamento. Como era el primer año que vivía fuera del campus, esperaba no tener que lidiar con estudiantes de primero borrachos, interminables fiestas en los dormitorios y, bueno, problemas. Había pasado por dos redadas de la policía del campus después de haber organizado varias fiestas nocturnas descontroladas en el pasado, y sabía que no iban a ser tan indulgentes si me pillaban otra vez.

Abrí la guantera para coger la tarjeta de entrada al aparcamiento de la casa, y un montón de cartas de color púrpura cayeron al suelo.

«Aggg..., Rachel».

Los recogí y los volví a guardar.

Mirándolo todo con atención, pasé rápidamente ante todas las casas blancas buscando la única de color azul. Pisé el freno cuando vislumbré un montón de madera y metal quemados en el lugar donde se suponía que estaba mi casa.

«Debo de haberme equivocado de calle...».

Negándome a creer que era cierto, parpadeé unas cuantas veces. Luego di la vuelta a la manzana, pero cuando enfilé de nuevo hacia 3376 Sun Swept Lane, volví al mismo punto. Aquella edificación había ardidido hasta los cimientos.

«¿Qué coño...?».

Apagué el motor y salí del coche.

Había cinta amarilla donde se suponía que estaba la barba-coa, y un cartel rojo con caritas sonrientes me miraba desde donde debían estar las encimeras exteriores. También había un letrero carbonizado donde se intuía un «Bienvenido a casa» junto al buzón.

—¡Ya era hora de que aparecieras! —Mi compañero de piso, Greg, me tocó el hombro por detrás. Era casi un desconocido, pero habíamos alquilado la casa juntos—. Llevo horas esperándote, tío.

—¿Qué le ha pasado a nuestra casa, Greg?

—Parece que se ha quemado.

—Eso ya lo veo. —Me crucé de brazos—. ¿Qué diablos ha pasado?

—Tienes que prometerme antes que no te vas a cabrear.

—No, antes dime lo que ha pasado.

—Si no me lo prometes, no te contaré nada —dijo sonriendo—. He oído lo que pasa cuando te enfadas: la gente acaba con la nariz rota.

—¿Qué dices? Te lo acabas de inventar.

—Sin embargo, es cierto.

Le lancé una mirada ominosa.

—Vale, vale. —Se encogió de hombros—. Bueno, mientras estabas fuera, organicé una pequeña fiesta de inauguración con una fogata. Cuando se nos acabó el alcohol, nos fuimos al apartamento de uno de los chicos del equipo de fútbol americano, y puede que me haya olvidado de apagar todas las brasas antes de irme. Por lo menos estoy vivo y bien, ¿verdad? Creo que eso es lo que realmente importa en esta desafortunada situación.

Lo miré con total incredulidad. La principal razón por la que había elegido a Greg como compañero de piso era que no era un amigo cercano. Me había jurado que quería alejarse de la vida del campus igual que yo, y había asegurado que era responsable.

—¿Puedo suponer que el depósito de tres mil dólares se ha ido a la mierda? —pregunté.

—Joder, sí. —Se rio—. Nunca recuperaremos esa pasta, y tampoco vamos a tener buenas referencias.

—Entonces, ¿propones que vivamos en el coche mientras pagamos al seguro por los daños? —Apreté los dientes.

—De eso nada, amigo mío.

—Tú y yo no somos amigos.

—Lo seremos. —Sonrió—. El casero estaba bastante tranquilo cuando se enteró del incendio. No puedo afirmar que estuviera «contento», y creo que me llamó imbécil, pero la compañía de seguros cubrirá todos los gastos.

—Entonces, ¿cuál es la situación?

—Bueno, le pregunté si nos podía alquilar la casa de al lado, pero se negó. Así que ayer me pasé a buscar más sitios y encontré otra casa mil veces mejor que esta.

Me negaba a creer eso. Las mejores localizaciones del campus ya estaban alquiladas a esas alturas del semestre, y la nuestra era de las buenas antes de que se quemara.

—Vale —repuse—. Enséñame esa maravilla.

Me senté de nuevo tras el volante y lo seguí por un camino sinuoso salpicado de enormes mansiones que daban a la playa.



Cada una era cuatro veces más grande que la que él había quemado, y no parecían asequibles para estudiantes universitarios.

«¿Eso del tejado es una piscina?».

Se detuvo en la entrada de la última residencia de la manzana, una enorme casa de playa blanca con contraventanas de color gris claro, y recé para que aquel lugar perteneciera a alguien de su adinerada familia.

—¡Tienes que verla por dentro! —Greg salió del coche de un salto y se acercó al porche que rodeaba la casa. Cuando abrió la puerta y entré, supe que nunca podríamos permitirnos eso.

«¡Ni de puta coñal!».

—Cuatro habitaciones con baño y un *jacuzzi* en la parte de atrás. —Atravesó la cocina—. Y está amueblada.

—¿Este sitio es de tu padre?

—¡Ja! No. Solo me dejaría quedarme en su casa de la playa si accediera a ser su esclavo. —Abrió la puerta de una habitación de invitados—. Por cierto, reza para que no le voten en las próximas elecciones a alcalde. Te aseguro que yo lo haré por su oponente.

Quise reírme, pero todavía seguía enfadado con él.

—¿Cuánto cuesta esto?

—La puerta trasera da a la playa, y hay un porche que envuelve toda la casa —continuó, cantando las excelencias del lugar—. ¡Oh, y mira esto...!

Cogió un mando a distancia, y las persianas de la sala de estar subieron lentamente, hasta revelar una hermosa vista del mar. Segundos después, se encendió la chimenea.

—¿Cuánto cuesta este sitio, Greg?

—¡Y no te pierdas el sótano! Hay dos mesas de billar y un mueble bar. Y no nos olvidemos de la piscina climatizada en el tejado... ¡En el tejado!

—Greg... —Le bloqueé el camino—. ¿Cuánto nos va a costar este sitio?

—Setecientos cincuenta al mes.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

—Bueno, son setecientos cincuenta dólares por persona si solo somos tú y yo. Oh, y eso no incluye la señal, que son como unos cuatrocientos dólares, pero sí incluye la comunidad. Se nos queda en quinientos al mes si conseguimos a otro compañero. Si fuéramos cuatro, pagaríamos menos todavía, pero sé que no querías convivir con tanta gente en el último curso.

«Ni siquiera quería tener un compañero de piso...».

—Por favor, dime que forma parte de una broma.

—Esto o los apartamentos de Lobos Street, elige. Los estudios de esa zona cuestan doscientos cincuenta dólares por persona, pero la disponibilidad es baja, así que probablemente tendríamos que compartir un estudio diminuto. —Miró a su alrededor—. Me pareció entender que querías vivir en un lugar supertranquilo.

—Lo que teníamos antes era supertranquilo.

—Pero no tenía *jacuzzi*. —Apretó de nuevo el mando a distancia, y se abrieron las puertas de la terraza, lo que dejó a la vista una enorme sauna—. No puedes decir que no lo he intentado...

—Puedo decirte muchas cosas en este momento, pero algo me dice que dará igual.

—En efecto... —Sonrió—. Básicamente porque ya he firmado el contrato de alquiler... Y mmm... he falsificado tu nombre. Estabas fuera, y como no tener casa no era una opción atractiva, tenía que tomar una decisión por los dos.

«¿Qué cojones...?».

—En ese caso, sin duda, vamos a necesitar un compañero de piso. —Apreté los dientes y fui a la nevera. No me quedó más remedio que negar con la cabeza ante la nota que había pegado a un *pack* de seis cervezas: «¡Lo sientooo, tío!»—. Alguien que se instale antes del final de la semana. A menos que hayas abonado ya el primer mes de alquiler.

—Sí, claro. —Se rio—. Pero el nuevo casero vio mi apellido y me otorgó el beneficio de la duda por mi padre. Así que tenemos hasta el fin de semana incluido.

—¿Ya has puesto un anuncio en algún sitio?

—Voy diez pasos por delante de ti. —Sonrió y me enseñó una copia del último boletín estudiantil—. La gente ya me está enviando correos electrónicos interesándose por el lugar, y algunos vendrán el jueves. Bueno, a menos que quieras preguntarle a tu novia.

—Exnovia. Y aunque no lo fuera, preferiría vivir con un maldito extraño.

—Espera, ¿ex? —Arqueó una ceja—. ¿No estabais juntos la semana pasada?

—Estábamos juntos hasta que me he enterado de que me ponía los cuernos. —Abrí una cerveza y me puse a beber—. ¿Quieres invitar a alguien a que venga a tomar algo para ayudarme a olvidarla?

—Por supuesto. —Sonrió, sacando el teléfono—. ¿Sabes?, si quieres que haga otra fogata en el jardín para demostrarte que sé cómo apagarlas...

—No hagas más hogueras mientras vivas conmigo, Greg. Ni se te ocurra nunca más...

—Sí, vale... —Se aclaró la garganta—. Imagino que será lo mejor. Por ahora, vaya. Por cierto, lamento que tu chica te haya engañado; estoy seguro de que no te lo imaginabas.

—No, ni lo pensé —dije, recordando que Rachel, de alguna forma, lo había visto venir desde kilómetros de distancia (literalmente) en su carta de sabelotodo—. Ahora vuelvo.

Salí del coche y abrí la guantera. Saqué el horario de Rachel y una hoja de papel en blanco.

Por fin sabía cómo iba a responderle a su última carta.